

Dificultades del mercado común

Los economistas actuales se están mostrando más solícitos en plantear problemas que en resolverlos. Ejemplo de ello es el mercado común que, para la mayoría de las naciones, constituye una nueva y angustiosa cuestión que añadir a las muchas que las agobian.

Mal o bien, la economía del mundo se halla montada sobre la protección. Será un sistema malo en teoría, pero en la práctica ha prevalecido; por algo será. Si ello no está de acuerdo con la razón se deberá a una de esas antinomias que oponen uno a otro los dos polos de la razón kantiana, antinomias que llenan de contradicciones el mundo económico. La realidad se suele dar de cabezadas con la razón pura y, mientras ésta nos demuestra que la libertad comercial es el mejor modo de que prevalezca el interés común, los hombres prácticos se deciden invariablemente por una protección que tiene su más alto exponente en la autarquía, y de ahí descendiendo a formas mercantilistas más o menos atenuadas.

Ante la imposibilidad de resolver la antinomia señalada, los promotores del mercado común se han decidido por el método experimental ensayando en la práctica una fórmula atenuada, o más bien restringida, dentro de un círculo de países, que podría ensancharse gradualmente para abarcar a un gran número o prácticamente a todo el mundo occidental. Su táctica ha sido la de obrar y ver lo que pasa.

Con esto se ha metido a la mayoría de los países en un grave conflicto. Sus economías están montadas sobre la base de una protección a veces exagerada, y su entrada en el mercado común pone en peligro a sus industrias forzosamente creadas a un elevado coste y que no pueden subsistir a la intemperie del mercado internacional. Sus ventajas están acaso en las industrias extractivas; y quizá en éstas podrían luchar con ventaja dentro del mercado común, mas no fuera, porque las obligaciones preferenciales concedidas a los países dentro de él, les hará difícil la competencia si se quedan fuera. Su posición resulta de todos modos desventajosa e incómoda. No se sienten bien ni dentro ni fuera y, probablemente, el problema no tiene para ellos solución satisfactoria.

El problema no existe sólo para los pequeños países poco industrializados o en los comienzos de la industrialización. Aun los grandes que tienen intereses muy variados e importantes en el comercio mundial, como Inglaterra por sus ligaduras al Commonwealth, con cuyos países de estructura muy diferente y de intereses muy diversificados tiene establecidos tratos diferenciales y preferenciales, incompatibles con el plan de igualdad que ha de imperar en el mercado común, pugnan por encontrar una fórmula que les permita gozar de sus ventajas sin enajenar mucho de su libertad de acción. También ellos se encuentran en una posición molesta.

Mas no se crea que las propias naciones iniciadoras del plan se hallan exentas de temores. La

iniciativa constituye una aventura. El cambio de régimen comercial ha de traer procesos de adaptación a la nueva estructura que comportará la supresión de los márgenes diferenciales de protección. Algunas no han encontrado en el sistema sin muchas reservas y distingos, porque esa acomodación puede envolver graves problemas y constituye sobre todo una incógnita anigmática, digan lo que quieran quienes tienen la pretensión de leer el porvenir.

El éxito o el fracaso van a depender de la fase coyuntural que domine el período de introducción del sistema y de acomodación a él, que abarcará cuando menos diez años. Si lo que preside ese período es una fase de euforia, de auge de los precios, de expansión del crédito, de inflación, como el que ha dominado el período 1945-59, el éxito será relativamente fácil de alcanzar, pues las cosas marcharán bastante bien, viéndose facilitados los fenómenos adversos de acomodación por la coyuntura favorable. Si, por el contrario, sobreviene un período de crisis importante y duradera, según parece anunciar la recesión existente, un período de paro intensivo, de dificultades en las salidas de mercancías, de baja coyuntura en suma, el fracaso es casi seguro.

Todas las presunciones actuales están del lado de esta segunda disyuntiva. La continuada inflación que caracteriza esta etapa de postguerra ha asustado ya a los economistas y a los políticos responsables. Ya se van tomando medidas por doquier para disciplinar la moneda y el crédito. Esto no se puede conseguir a mi juicio, sino a expensas de provocar o de intensificar los fenómenos depresivos en la economía toda. Cuando esto ocurra, surgirán los recelos, crecerá la competencia entre las naciones del mercado común, se buscarán expedientes para justificar incumplimientos fundamentales de las obligaciones contraídas, y la ruptura sobrevendrá, no quedando a lo sumo del mercado común más que un nombre que no responda a ninguna realidad, como sucede en tantos planes económicos que se han ensayado vanamente.

¿Cuál es la causa de todo esto?

Desde luego la cuestión está mal planteada. Supuesto que el librecambio es mejor que el proteccionismo —hipótesis de que indudablemente parten los promotores del mercado común—, lo cierto es que en la realidad impera por doquier la protección, y hasta países que fueron librecambistas —relativamente librecambistas— como Inglaterra, se han acogido recientemente al mercantilismo. Esto no puede ser un hecho caprichoso. Podrá ser erróneo según la razón pura, pero tiene indudablemente razones prácticas que lo han impuesto en la realidad.

Admitiendo esto, lo que corresponde es buscar las causas que oponen la razón práctica a la razón pura y tratar de eliminarlas. Entonces el mercado común vendría impuesto por sí mismo, porque los países verían —si los librecambistas tienen razón—

la conveniencia de trabajar o suprimir los aranceles aduaneros para gozar de las ventajas del librecambio, Por ejemplo, los países que rebajarán las tarifas protectoras tendrían menos superproducción que los proteccionistas; el paro sería menor en los primeros o no existiría; la moneda se mantendría más estable en ellos, la prosperidad sería mayor y las crisis nulas o menos intensas. Los pueblos recibirían entonces una lección de cosas, que no podrían desconocer ni ignorar y adoptarían la solución evidentemente más ventajosa. Es entonces cuando podríamos decir que habíamos resuelto un problema sin crear enigmas insolubles a las naciones, colocándolas ante un hecho consumado y ante el dilema de aceptarlo o rechazarlo sin experiencia de lo que vaya a suceder.

Porque lo que han hecho hasta ahora los idealores del mercado común es lo del terapeuta naturalista que, bajo el pretexto de que lo sano es el aire libre, la intemperie, el clima natural, la alimentación corriente de los hombres sanos, pretendiera de la noche a la mañana que los enfermos dejen el clima artificial bajo el que han vivido, el régimen de alimentación al que se han habituado por razón de sus dolencias, abandonen el abrigo exagerado que durante mucho tiempo se impuso. Aun suponiendo que la razón estuviera de su parte, el resultado sería un desastre. Esto es sin embargo, lo que se está haciendo. O dicho en términos más vulgares: el sistema que se sigue en esto es el de empezar la casa por el tejado.

GERMAN BERNACER.